

# *Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)\**

*Maximiliano Fuentes Codera*

Universitat de Girona

*Resumen:* Este artículo se propone analizar el heterogéneo ambiente intelectual español favorable a las potencias centrales durante la Primera Guerra Mundial. Sin dejar de lado la relevancia asumida por el carlismo, muestra la existencia de dos sectores diferenciados, uno de inspiración tradicionalista y otro con raíces regeneracionistas, que, desde la defensa de la cultura alemana, propusieron una alternativa a los intelectuales aliadófilos herederos de la generación del 98. Finalmente, el texto plantea que la influencia de esta experiencia resulta clave para comprender la renovación de las culturas políticas nacionalistas de las derechas españolas en los años posteriores.

*Palabras clave:* Primera Guerra Mundial, España, germanófilos, derechas, intelectuales.

*Abstract:* This article intends to analyze the Spanish heterogeneous intellectual group favorable to the Central Powers during WWI. Without neglecting the relevance of Carlism, it shows the existence of two differentiated sectors, one of traditionalist inspiration and another one with *regenerationists* roots, which, from the defense of German culture, proposed an alternative to heirs of 98 intellectuals who supported the Allies. Finally, the text holds that the influence of this experience is central to understand the renewal of right wings' nationalist political cultures in subsequent years.

*Keywords:* World War I, Spain, «germanophiles», right wings, intellectuals.

---

\* El autor forma parte del proyecto HAR2011-27392/HIST.

Como se ha repetido muchas veces, los hombres del 98 se habían concebido como los portadores de la redención de España de su incultura y su atraso históricos. Ésta fue también la idea central sobre la cual se estructuró el pensamiento de la generación posterior liderada por Ortega y Gasset, que convirtió a Europa en un auténtico horizonte de regeneración. La Gran Guerra se presentó a estos intelectuales como una oportunidad excepcional para poner en práctica sus ideas. Se posicionaron mayoritariamente junto a los aliados porque creyeron ver en Francia (y en menor medida en Inglaterra) una vía para el renacimiento nacional que en los años anteriores habían buscado en el Partido Reformista y el socialismo. Pero si tenemos en cuenta la formación de buena parte de sus pensadores más destacados en Alemania a través de la Junta de Ampliación de Estudios, la consideración ampliamente compartida de la Universidad germana como la vanguardia de la ciencia en Europa, o las extendidas percepciones en España y en todo el continente sobre la decadencia de la cultura y la nación francesas después de la derrota de Sedán en 1870, parece claro que la aliadofilia de estos intelectuales no pudo darse sin algunas contradicciones ni hubo de ser unánime.

A pesar de que el papel de los intelectuales españoles y sus proyectos políticos y culturales durante la Primera Guerra Mundial han sido analizados por la historiografía en algunos estudios de relieve, la visión del ambiente favorable a las potencias centrales ha recibido una atención sensiblemente menor a la del mundo aliadófilo. No casualmente, José María Salaverría, uno de los blancos predilectos de la propaganda francófila, llegó a preguntarse irónicamente si existían los intelectuales germanófilos<sup>1</sup>.

¿Por qué referirnos conjuntamente a germanófilos y neutralistas? En primer lugar, porque el arco cultural germanófilo fue uno de los más férreos defensores de la neutralidad estatal durante toda la guerra. En segunda instancia, porque el creciente peso de la propaganda francesa contribuyó a configurar el conflicto en España como un enfrentamiento entre los inmovilistas partidarios de la autocracia alemana y los progresistas y renovadores simpatizantes de Francia e Inglaterra. Finalmente, porque, en este polarizado escenario, los minoritarios neutralistas y europeístas, como Euge-

---

<sup>1</sup> José María SALAVERRÍA: «ABC en París. ¿Existen los intelectuales germanófilos?», *ABC*, 20 de junio de 1915, p. 5.

nio d'Ors, fueron criticados con dureza como representantes encubiertos de Alemania. Así pues, germanofilia, neutralismo y derechas acabaron por convertirse en sinónimos al calor del desarrollo de la *movilización cultural* iniciada en 1914.

## La neutralidad del Estado y sus desafíos

Como es conocido, durante los años previos a la guerra España se había acercado a Francia e Inglaterra, que habían firmado la *entente cordiale* en 1904. Este proceso se había reflejado en tres visitas de Estado en 1913 —dos de Alfonso XIII a París y una del presidente Poincaré a Madrid— y en la boda del monarca con Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria. Pero, en realidad, ni el gobierno español estaba interesado en formar parte de una verdadera alianza que le comprometiera materialmente en los asuntos europeos ni del otro lado existía un interés real en asociarse con un país que no estaba en condiciones de realizar una contribución militar significativa<sup>2</sup>.

La gran prueba de la estrecha relación de España con la Entente fue la Gran Guerra. El 7 de agosto de 1914, el gobierno conservador de Eduardo Dato declaró la neutralidad: la falta de intereses directos en la disputa y la debilidad militar fueron razones suficientes para adoptar esta posición<sup>3</sup>. Alfonso XIII, «el más aliadófilo de los monárquicos»<sup>4</sup>, se mostró ante los embajadores contrariado por no poder participar en el conflicto. A pesar de las presiones diplomáticas y el recrudecimiento de la guerra submarina alemana, que llevaron a que durante el gobierno de Romanones se planteara la posi-

<sup>2</sup> Antonio NIÑO: «El rey embajador. Alfonso XIII en la política internacional», en Javier MORENO LUZÓN (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 254-261. Sobre la política exterior española durante este periodo, véanse, Javier PONCE MARRERO: «La política exterior española de 1907 a 1920: entre el regeneracionismo de intenciones y la neutralidad condicionada», *Historia Contemporánea*, 34 (2007), pp. 93-115, e íd.: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2006.

<sup>3</sup> Cfr. Archivo del Ministère des Affaires Étrangères (París, Francia), Correspondance politique et commerciale, Guerre 1914-1918, Espagne, vol. 469, 29 de agosto de 1914.

<sup>4</sup> Javier MORENO LUZÓN: «El rey de los liberales», en Javier MORENO LUZÓN (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono...*, pp. 151-186, p. 173.

bilidad de una intervención favorable a los aliados, el rey consiguió ocultar que su familia y sus simpatías estaban divididas e intentó colocar a España entre las grandes potencias pretendiendo realizar un papel de mediador entre los beligerantes. Pero su protagonismo finalmente se redujo a varias iniciativas de carácter humanitario en favor de los prisioneros y desaparecidos de guerra, que fueron recibidas con entusiasmo por la propaganda francesa<sup>5</sup>.

La actitud del gobierno español representó también una agradable sorpresa en los círculos políticos e intelectuales alemanes, ya que la política seguida por Guillermo II desde comienzos de siglo, especialmente en relación con el conflicto en Marruecos, les hacía temer un alineamiento español con la causa aliada<sup>6</sup>. En este contexto, los objetivos de la diplomacia germana se concentraron en el mantenimiento estricto de la neutralidad y la lucha por contrarrestar la influencia de la Entente en la opinión pública<sup>7</sup>.

Durante las primeras semanas, la tónica general fue la aceptación de la neutralidad oficial, que solamente fue puesta en cuestión, desde diferentes perspectivas, por Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones. Tras la primera batalla del Marne, que tuvo lugar durante la primera quincena de septiembre, se produjo un verdadero surgimiento del movimiento aliadófilo español, impulsado por los intelectuales y los partidos republicanos, reformista y socialista, junto a la mayoría del catalanismo (con la excepción de la Lliga Regionalista), que se configuró en abierta oposición a los partidarios de las potencias centrales<sup>8</sup>. A diferencia

---

<sup>5</sup> Juan PANDO: *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.

<sup>6</sup> Manuel ESPADAS BURGOS: «De la época bismarckiana a la Gran Guerra», en Walther BERNECKER (ed.): *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Frankfurt am Main, Veuveurt Verlag, 1992, pp. 66-73.

<sup>7</sup> Ron M. CARDEN: *German policy toward neutral Spain, 1914-1918*, Nueva York-Londres, Garland Publishing, 1987; Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: «Intentos alemanes para contrarrestar la influencia francesa en la opinión pública española antes de la Primera Guerra Mundial», en VVAA: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 1-21.

<sup>8</sup> Francisco ROMERO SALVADÓ: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002; Gerald MEAKER: «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en Hans A. SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65, pp. 22-23, y Miguel MARTORELL LINARES: «No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución»: España y la Primera

de lo que ha planteado Gerald Meaker, esta disputa entre aliadófilos y germanófilos se acabó extendiendo a todos los niveles de la sociedad. Tal como escribe Josep Maria Sagarra en sus *Memorias*, las discusiones sobre el conflicto «estallaban» en los cafés, los tranvías y acaban subiendo de tono con cierta facilidad. Como sostienen los informes diplomáticos franceses, los niños llegaron a tener prohibido a jugar a la guerra en el patio por los riesgos físicos que podía comportar esta actividad, y entre las familias y los amigos las diferentes posiciones llevaron a profundos distanciamientos y hostilidades: «aliadophiles et germanophiles, même se connaissant de longue date, ne se saluaient pas dans la rue»<sup>9</sup>.

En la conformación de este escenario, el papel de la propaganda fue clave. Según Otto Boelitz, director del Colegio Alemán de Barcelona entre 1909 y 1915, todo lo hecho antes de la guerra por el gobierno alemán en España había sido insuficiente. Aunque se había conseguido la edición de un periódico, *Die Deutsche Zeitung*, y se había comenzado a pensar en la creación de instituciones científicas y culturales —como la Alliance Française o el Instituto Francés de Madrid fundado en marzo de 1913— con el objetivo de atraer una parte de la opinión pública española, se había llegado demasiado tarde. A diferencia de los franceses, sostenía Boelitz, los alemanes residentes en Madrid o Barcelona se habían mantenido pasivos, cerrados en su cultura y sus círculos sociales. Era preciso corregir estas deficiencias favoreciendo la captación de alumnos para sus escuelas, organizando cursos de alemán y conferencias con ponentes alemanes y españoles<sup>10</sup>. Se debía romper con

---

Guerra Mundial», *Historia y Política*, 26 (2011), pp. 17-45, pp. 20-22. Sobre Cataluña: Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès, 2009, pp. 72-92; David MARTÍNEZ FIOL: *El catalanisme i la Gran Guerra. Antologia*, Barcelona, La Magrana, 1988, y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Carroja, Afers-PUV, 2010, pp. 31-89.

<sup>9</sup> Josep Maria de SAGARRA: *Memorias*, Barcelona, 1964, pp. 599-600, cit. en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1972, p. 14; Archivo del Ministère des Affaires Étrangères (París, Francia), Correspondance politique et commerciale, Guerre 1914-1918, Espagne, vol. 474, Jean GAILLARD: «Rapport sur ma mission en Espagne. 3 juin - 13 juillet 1916».

<sup>10</sup> Otto BOELITZ: «Deutsche Kulturarbeit in Spanien», *Mitteilung aus Spanien*, 5 (1917), pp. 177-185; citado en Jesús DE LA HERA MARTÍNEZ: *La política cultural de Alemania en España en el período de entreguerras*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 13-16.

la idea de que la germanofilia cultural podía ser compatible con la aliadofilia política. Este diagnóstico determinó que la actividad de la diplomacia y la propaganda alemanas fuese frenética y estuviese mucho más desarrollada que la de sus enemigos. De hecho, la propaganda francesa no comenzó a ser significativa hasta la segunda mitad de la guerra<sup>11</sup>.

La prensa y las revistas se vieron profundamente afectadas por este escenario. El conflicto europeo las obligó a ampliar sus horizontes, abrirse a los asuntos internacionales y, en muchos casos, a contratar enviados especiales —algunos de ellos, de especial relevancia, como Ramiro de Maeztu— para que informaran desde los países beligerantes. Al mismo tiempo, su difícil situación económica las convirtió en presa fácil para los servicios de propaganda de los países beligerantes y la práctica de las subvenciones extranjeras (o directamente la compra) se extendió. «Los dedos de una mano pueden servir para contar los periódicos diarios que no han sido comprados en Madrid», escribió el 12 de enero de 1916 Luis Araquistáin<sup>12</sup>. Prácticamente todos los periódicos de la derecha política estaban en manos de amigos de Alemania o bajo control directo de los alemanes: los más leídos eran el monárquico *ABC*, el maurista *La Acción*, el carlista *El Correo Español*, los diarios católicos *El Debate* y *El Universo*, y los conservadores *La Tribuna* y *La Nación*. Los aliados tenían a su favor *La Época*, el romanonista *El Diario Universal*, así como *El Liberal* de Madrid, *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *La Mañana* del marqués de Alhucemas, *El Día* editado por Niceto Alcalá Zamora, *España*, *El País*, *El Parlamentario*, *El Progreso* y *El Socialista*, entre las izquierdas. Finalmente, entre los escasos neutralistas resaltaban *Solidaridad*

---

<sup>11</sup> Sobre la influencia francesa: Paul AUBERT: «La propagande étrangère en Espagne dans le Premier tiers du XX<sup>e</sup> siècle», *Mélanges de la Casa Velázquez*, 31/3 (1995), pp. 103-176; íd.: «L'influence idéologique et politique de la France en l'Espagne de la fin du XIX<sup>e</sup> siècle à la Première Guerre Mondiale (1875-1918)», en Jean-Pierre ETIENVRE y José Ramón URQUIJO (coords.): *España, Francia y la Comunidad Europea*, Madrid, Casa Velázquez-CSIC, 1989, pp. 57-102; Antonio NIÑO: *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España: 1875-1931*, Madrid, CSIC-Casa de Velázquez-Société des Hispanistes Françaises, 1988, y José-Carlos MAINER: «Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales», en *Literatura y pequeña-burguesía en España (Notas 1890-1950)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972, pp. 141-164.

<sup>12</sup> Cit. en Paul AUBERT: «La propagande étrangère...», p. 103.

Obrera, de la CNT, y *España Nueva*, del controvertido diputado republicano Rodrigo Soriano<sup>13</sup>.

Los intelectuales ocuparon un punto central en la articulación de estos campos culturales enfrentados y actualizaron sus propuestas políticas, culturales y nacionales. Tal como sucedió en el conjunto del continente<sup>14</sup>, esta división se escenificó en una serie de manifiestos. El primer texto que apareció en España fue el neutralista «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa»<sup>15</sup>, que dio inicio a un agrupamiento europeísta que recibió duras críticas desde el campo aliadófilo y una fría acogida entre los germanófilos. Como respuesta a este manifiesto, un numeroso grupo de intelectuales catalanes, en su mayoría vinculados a sectores nacionalistas republicanos, firmaba unos meses más tarde el «Manifest dels Catalans», una clara demostración de la francofilia dominante en el catalanismo<sup>16</sup>, y, meses después, vio la luz la proclama aliadófila más importante realizada por los intelectuales españoles, el «Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas», redactado por Ramón Pérez de Ayala originalmente en francés, que estaba acompañado de un gran número firmas de personajes ligados al reformismo, al republicanismo y a las izquierdas<sup>17</sup>. Con una evidente tardanza, el 18 de diciembre de 1915, apareció el manifiesto germanófilo redactado por Jacinto Benavente<sup>18</sup>.

<sup>13</sup> María Cruz SEOANE y María DOLORES SÁIZ: *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 211-231; Francisco ROMERO SALVADO: *España 1914-1918...*, pp. 78-80, y Javier VARELA: «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 88 (1998), pp. 27-37.

<sup>14</sup> Entre la amplísima bibliografía disponible, por lo que tiene de resumen y actualización, véase Aleksandr N. DMITRIEV: «La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale», *Cahiers du monde russe*, 43/4 (2002), pp. 617-644.

<sup>15</sup> «Un documento. La unidad de Europa», *La Vanguardia*, 1 de diciembre de 1914, p. 7.

<sup>16</sup> «Manifest dels Catalans», *L'Esquella de la Torratxa*, 26 de marzo de 1915, p. 194.

<sup>17</sup> «Un manifeste des intellectuels espagnols. Pour les Alliés», *L'Action Française*, 5 de julio de 1915, p. 2; «Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas», *España*, 24 (29 de julio de 1915), pp. 6-7. Tras este manifiesto, vería la luz otro texto firmado por algunos católicos españoles contra el incendio de la Universidad de Lovaina: «Un manifiesto de los católicos», *España*, 35 (23 de septiembre de 1915), pp. 5-6.

<sup>18</sup> «Amistad germano-española», *La Tribuna*, 18 de diciembre de 1915; reproducido en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pp. 26-27.

## La configuración del campo germanófilo

Esta manifestación de conjunto demostró que Juan Vázquez de Mella y el dramaturgo madrileño destacaban dentro del amplio arco germanófilo. Pero este movimiento iba mucho más allá de ellos. De hecho, la simpatía social por Alemania fue en España probablemente la más extendida entre los países neutrales. Entre los representantes de la germanofilia destacaban la Corte y el conjunto de la aristocracia. Con la excepción de rey y su esposa, María Cristina, hija de la archiduquesa Isabel Francisca de Austria, lideraba el apoyo a las ideas de Juan Vázquez de Mella en este sector. Lo propio sucedía con el ejército. Como se observa en *La Correspondencia Militar*, desde los inicios de la guerra asumió una postura moderadamente pro alemana que se fue decantando hacia la defensa de la más absoluta neutralidad<sup>19</sup>. La gran mayoría de los militares se había formado en unas academias fuertemente influenciadas por los desarrollos científicos y militares alemanes y esto había propiciado que anhelaran para España el orden y la importancia del ejército que habían aprendido. Sin embargo, en la aristocracia y el ejército, estas filiaciones tendieron a ser encubiertas bajo una defensa de la neutralidad oficial que se explicaba por la escasez de recursos militares españoles<sup>20</sup> y el peligro de las potenciales complicaciones con Inglaterra y Francia que una intervención podía comportar en Marruecos<sup>21</sup>.

Con la excepción de Cataluña, la Iglesia católica fue otro pilar del sentimiento germanófilo en España<sup>22</sup>. De hecho, en la larga lista de firmantes del manifiesto de Benavente, la sección de «Sacerdotes y Religiosos» fue una de las más numerosas. La mayoría de este sec-

<sup>19</sup> «Nuestras impresiones», *La Correspondencia Militar*, 7 de agosto de 1914, p. 1, y «Napoleón y Moltke», *La Correspondencia Militar*, 31 de agosto de 1914, p. 1. Como afirma Gerald Meaker, esto no debe hacer olvidar la existencia de publicaciones militares más favorables a la causa francesa como *Ejército y Armada*; Gerald MEAKER: «A Civil War of Words...», p. 56, n. 29.

<sup>20</sup> «¿Neutralidad?», *La Correspondencia Militar*, 30 de octubre de 1914, p. 1.

<sup>21</sup> «Nuestra situación ante la guerra», *La Correspondencia Militar*, 21 de noviembre de 1914, p. 1.

<sup>22</sup> Sobre este tema, véase Manuel ESPADAS BURGOS: «La Iglesia española y la Primera Guerra Mundial», en *Iglesia, Sociedad y Política en la España contemporánea*, Zamora, Monte Casino, 1982, pp. 131-158.



tor rechazaba la Francia republicana, su secularización y la expulsión de las órdenes religiosas durante la década de 1890<sup>23</sup> y, frente a esto, prefería el luteranismo germano y, sobre todo, los valores de jerarquía, orden y disciplina que proyectaban el káiser y su Imperio, estrechamente vinculado a la católica corona austriaca. Para ellos, la guerra era «un instrumento de la justicia y la misericordia de Dios» contra «naciones prevaricadoras» como Inglaterra y Francia y «una expiación de las naciones que se apartaron de Dios»<sup>24</sup>. Teniendo en cuenta estos planteamientos y la influencia social del catolicismo en España es fácilmente comprensible la proliferación de folletos, artículos y libros que la propaganda francesa dedicó a contrarrestar sus argumentos<sup>25</sup>.

Entre los partidos y movimientos políticos, el maurismo fue uno de los grupos más activos. En los primeros meses del conflicto, Antonio Maura optó por la neutralidad y la consigna del semanario *Vida Ciudadana* fue apoyar al gobierno con tal de limar asperezas y evitar mayores tensiones. Sin embargo, con cierta rapidez, y a pesar de la neutralidad de Maura y de la germanofobia liberal de Osorio y Gallardo, la gran mayoría de mauristas se hizo germanófila y, en algunos casos, como el de Alberto Cavanna, fundador de la primera sociedad maurista de Valladolid, llegó a combatir en las filas alemanas. En la prensa maurista abundaban caricaturas y artículos que ridiculizaban las posiciones aliadófilas y exaltaban el valor del ejército alemán y sus líderes. Antonio Goicoechea criticaba duramente a Azorín por sus planteamientos francófilos y *Ciudadanía*, el órgano periodístico fundamental del maurismo, sostenía que Benavente era la contracara de la inferioridad a la que España se veía sometida por la presión de Francia e Inglaterra. Aunque los mauristas apelaron también a la neutralidad, ésta fue entendida como un beneficio para los alemanes, ya que estaban convencidos de que

---

<sup>23</sup> Para un panorama general del proceso de secularización en Europa, véase Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: «Política y secularización en la Europa contemporánea», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 16 (1998), pp. 143-166.

<sup>24</sup> «Impresiones», *El Siglo Futuro. Diario católico*, 8 de agosto de 1914, p. 1.

<sup>25</sup> Como ejemplo, véase Raymonde LANTIER: *La propagande française en Espagne*, París, 1916. Entre la enorme cantidad de documentos, pueden consultarse «Les raisons doctrinales de francophonie», en Louis ARNOULD: *Le duel Franco-Allemand en Espagne*, París, Bloud et Gay, 1915; Marius ANDRÉ: *Les Catholiques espagnols et la guerre*, París, Bloud et Gay, 1915, y Alfred MOREL-FATIO: «Les néocarlistes et l'Allemagne», *Le Correspondant*, 25 de julio de 1915, pp. 280-302.

cualquier posibilidad de intervención española solamente podría ser junto a los aliados<sup>26</sup>. Naturalmente, se trataba de una neutralidad radicalmente diferente de la que planteaban, por ejemplo, los anarquistas o los escasos socialistas internacionalistas<sup>27</sup>.

Estos planteamientos no estuvieron demasiado alejados de los de la mayoría del carlismo. Sin embargo, este movimiento fue el que ejerció de manera más vehemente la militancia germanófila y el que tuvo la mayor incidencia social y política. Las ideas de Juan Vázquez de Mella ejercieron una gran influencia en todo el arco germanófilo español. Como afirmó Alfonso Botti, fue «un reaccionario decimonónico sin fisuras»<sup>28</sup> que expresó en su visión internacional de la guerra sus aspiraciones imperialistas. Partiendo del supuesto de que la política exterior debía ser la que modelara la interna y que la primera se determinaba en función de criterios geográficos, juzgó inaceptable la división entre germanófilos y aliadófilos. La guerra fue, desde su punto de vista, básicamente un conflicto entre Alemania e Inglaterra, y sus tesis, que se convirtieron en la posición mayoritaria del carlismo, se resumieron en esta consigna: «Unirse a Inglaterra, ayudar a Inglaterra, cooperar con Inglaterra, es trabajar contra los intereses y las exigencias de España. Ser *anglófilo* resulta ser *hispanófobo*»<sup>29</sup>. Francia, menos peligrosa que Inglaterra, continuaba teniendo unas aspiraciones de dominación en el Mediterráneo que eran incompatibles con las españolas. Además, su decadencia podía seguir contagiando a España.

Desde esta perspectiva, los intereses de Alemania eran compatibles con los de España y, por ello, había de defenderse la «neutralidad absoluta». Pero esto no podía afirmarse para la nación, ya

---

<sup>26</sup> María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y Acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1990, pp. 53-55; véase también Javier TUSSELL y Juan AVILÉS: *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1986, pp. 71 y ss.

<sup>27</sup> A pesar de su antimilitarismo, pacifismo e internacionalismo, un sector del anarquismo se decantó por la aliadofilia y hubo sectores aislados que, sin ser abiertamente germanófilos, obtuvieron fondos de la propaganda alemana; véanse Carlos FORCADELL: *Parlamentarismo y bolchevización*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 362-371, y Antonio BAR: *La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926*, Madrid, Akal, 1981, pp. 359-431.

<sup>28</sup> Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 89.

<sup>29</sup> Juan VÁZQUEZ DE MELLA: *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915, p. 92.

que ésta no podía olvidar sus intereses territoriales y raciales. Así, su principal preocupación fue mejorar el papel internacional de España, aprovechándose de la precaria situación que atravesaba desde agosto de 1914 su principal enemigo. Una vez que Inglaterra quedara marginada del centro de la escena política —éste era el plan—, España podría conseguir la unión con Portugal a través de la reconstitución federal de la Península y, desde esta nueva posición, estaría en condiciones de plantearse la reconquista de Gibraltar como centro de la reorientación de una nueva política internacional que había de concluir con la constitución de unos Estados Unidos de América del Sur que contrarrestara, a su vez, la creciente influencia del imperialismo norteamericano. Era una propuesta geopolítica para un renacimiento de la nación que había de poner fin al «parlamentarismo» y a la «falsa democracia» a través de tres «dogmas nacionales»: la soberanía sobre las costas, la federación con Portugal —«Étnica, geográfica e históricamente, Portugal es un miembro de la nacionalidad española»—, y el imperio espiritual —«confederación tácita», según las palabras empleadas— sobre América. Sin esos dogmas, afirmaba, «la Historia de España resulta negada y su porvenir reducido al de una nación que termina y al de una colonia que empieza». Con esta política, pretendía situar España como parte de la corriente general expresada por el pangermanismo, el paneslavismo o el irredentismo italiano. Se proponía desarrollar «una liga general con el nombre de España, o si se quiere, *Iberia irredenta*»<sup>30</sup>, un panhispanismo que no era sino una reacción renovada contra la derrota frente a Estados Unidos en 1898, que se configuraba aquí de manera precoz, y que sería recogido más tarde como *Hispanidad* por el nacionalcatolicismo<sup>31</sup>. Éstas fueron las ideas que Vázquez de Mella esgrimió en su famoso discurso del Teatro de la Zarzuela de Madrid, pronunciado el 31 de mayo de 1915. La importancia de estas palabras fue tal que algunos de los más destacados intelectuales españoles se vieron en la necesidad de responder con el manifiesto redactado por Pérez de Ayala citado anteriormente.

Pero esta militancia germanófila no fue compartida por todos los carlistas. En este sentido, vale la pena recordar que la Gran Guerra les encontró sumidos en una crisis de liderazgo derivada

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 37, 26, 87, 90 y 95.

<sup>31</sup> Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero...*, pp. 90-92.

del cuestionamiento del nuevo aspirante Jaime III, sobre quien habían recaído los derechos de legitimidad tras la muerte de su padre en 1909, y de la aparición de nuevos desafíos políticos vinculados al surgimiento de los nacionalismos periféricos y a la propuesta del programa «minimista» de acercamiento al maurismo<sup>32</sup>. Estas diferencias internas también se expresaron en relación con los posicionamientos sobre el conflicto europeo, ya que, a pesar de la importancia de Vázquez de Mella, Jaime III fue un manifiesto aliadófilo. Además, personajes de importancia como Melchor Ferrer llegaron a apuntarse como voluntarios para luchar en el frente junto a los aliados<sup>33</sup>. La situación alcanzó tal punto de tensión que Francisco Melgar se vio obligado a clarificar que no todo el carlismo compartía las posiciones de Vázquez de Mella y que el káiser, «lejos de ser el instrumento de Dios, estaba inspirado por el espíritu del diablo». En un folleto especialmente importante, criticó todas las argumentaciones de Vázquez de Mella: los peligros de un supuesto triunfo de la Francia jacobina frente a un potencial triunfo germano, la presencia de tropas africanas en las filas aliadas —«nada sirve mejor a la civilización que el emplear esas razas inferiores en la guerra, siempre que se las utilice simplemente como instrumento a la manera en que se utilizan los mulos de las baterías o los proyectiles de los cañones»—, el supuesto catolicismo alemán —un alemán «es antes alemán que católico», afirmaba—, la potencialidad regeneradora de lo alemán para la decadente raza latina y la unanimidad germanófila de los jesuitas, entre otros temas. Pero, sobre todo, el objetivo de este texto era desmentir la germanofilia de don Jaime: «Los que tenemos el alto honor de pertenecer a la nobilísima comunión carlista y de conservar el culto a sus tradiciones, estamos obligados, más estrechamente que nadie, a trabajar contra Alemania»<sup>34</sup>. Finalmente, como es conocido, estas diferencias acabaron estallando al final de la guerra y derivaron en la

<sup>32</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 237-238.

<sup>33</sup> Jordi CANAL: *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 269-271.

<sup>34</sup> Francisco MELGAR: *En desagravio*, Madrid, Bloud & Gay, 1916; las citas en pp. 12, 16, 20 y 63, respectivamente. Este texto fue publicado en inglés poco tiempo después: *Germany and Spain. The views of a Spanish Catholic*, Londres, T. Fisher Unwin, 1916.

fundación del Partido Tradicionalista de Vázquez de Mella y Víctor Pradera en 1919<sup>35</sup>.

## Los intelectuales germanófilos

Como sus pares aliadófilos españoles, los intelectuales germanófilos se agruparon en torno a un manifiesto común titulado «Amistad hispano-germana», publicado en el periódico maurista *La Tribuna* el 18 de diciembre de 1915. Este texto, escrito por Jacinto Benavente, ejemplificaba la mayoría de los tópicos que articulaban las ideas de los partidarios de los imperios centrales y concedía un amplio espacio a responder las críticas de retrógrados, militaristas y reaccionarios que éstos acostumbraban a recibir. Afirmaba no aceptar que la guerra se tratara de un enfrentamiento de la libertad y la democracia, representadas por los aliados, contra la barbarie y el oscurantismo, que encarnaba Alemania. Desde su punto de vista, el imperio de Guillermo II representaba una lección de socialismo de Estado, orden, organización y fortaleza, que debía ser un modelo para España. Por ello, estos intelectuales se autoconcebían como «la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia» frente a «un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid» que no entendía que Inglaterra era la causa principal de todos los males de la nación. Se intentaba romper con el monopolio aliadófilo en la cultura española.

Junto con la publicación del manifiesto, *La Tribuna* inició una larga y heterogénea lista de adhesiones que ocupó varias páginas durante los días siguientes. Aparecieron escritores como Carlos Arniches, Edmundo González Blanco o José María Salaverría; periodistas como «El Caballero Audaz» (seudónimo de José María Carretero), Joan Costa i Deu (redactor jefe del periódico regionalista catalán *La Veu de Catalunya*) o José Juan Cadenas (corresponsal desde Berlín para *ABC*); académicos como José Alemany, Vicente Gay, Pere Bosch i Gimpera, Pere Barnils, Esteve Terrades, Manuel de Montoliu o Adolfo Bonilla San Martín; abogados como Luis Jiménez de Azúa y Emilio Cotarelo; artistas como Luis Menéndez Pidal, Fernando Labrada o José Moreno Carbonero; estudian-

---

<sup>35</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*, pp. 265-267.

tes como Dámaso Alonso, José Calvo Sotelo, Edgar Neville y Enrique Herrero, y personajes de la órbita del tradicionalismo como Antonio Goicoechea, que, como es conocido, acabaría siendo el líder de Renovación Española, o el propio Juan Vázquez de Mella<sup>36</sup>. Casi un año después, se publicó un libro con el manifiesto original y todas las firmas recogidas hasta entonces —divididas en ciudades y pueblos de procedencia, y profesiones y ocupaciones— de todos los «amantes y cultivadores de las ciencias y las artes» que, afirmándose en la neutralidad del Estado, manifestaban «la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España»<sup>37</sup>. Con algunas pocas excepciones, entre ellas la de Pío Baroja, todo el arco intelectual germanófilo aparecía en este libro.

La relevancia asumida por Benavente era evidente. Su posicionamiento, que, recordemos, tenía mucho más de dramaturgo que de intelectual *tout court*, era de un neutralismo muy similar al del conjunto de sus compañeros, aunque, en su caso, los componentes activos —nacionalizadores, regeneradores— parecían pasar a segundo plano<sup>38</sup>. Rechazó que existieran vínculos entre neutralidad y abulia nacional y, como mostró con el estreno de su obra *La ciudad alegre y confiada*, sostuvo que la no participación en la guerra podía compatibilizarse con el heroísmo de una figura, como podía ser Antonio Maura, que retornara a España al paraíso de la paz y el orden. Fue la suya, simultáneamente, una manera de rechazar al invasor, al «intelectual», que se escondía tras la aliadofilia que, tras su rotunda negativa a firmar un documento presentado por Maurice Barrès a los intelectuales españoles<sup>39</sup>, acabó por condenarle al aislamiento y a la ruptura con la generación encabezada por Ortega<sup>40</sup>.

<sup>36</sup> Véase Paloma ORTIZ-DE-URBINA: «La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914», *Revista de Filología Alemana*, 15 (2007), pp. 193-206.

<sup>37</sup> *Amistad Hispano-Germana*, Barcelona, Tipografía La Académica de Serra y Hermanos Russell, 1916, s.p.

<sup>38</sup> Como ejemplo, Jacinto BENAVENTE: «De sobremesa», *El Imparcial*, 7 de junio de 1915, p. 1.

<sup>39</sup> Maurice BARRÈS: «Les affinités Franco-Espagnoles», *L'Echo de Paris*, 8 de enero de 1915, p. 1.

<sup>40</sup> José-Carlos MAINER: «Consideraciones sobre Benavente, los intelectuales y la política», en *Literatura y pequeña burguesía...*, pp. 121-130, y Robert L. SHEEHAN: *Benavente and the Spanish Panorama, 1894-1954*, Chapel Hill, N. C., 1976, pp. 77-100.

Si el de Benavente es un caso ciertamente atípico dentro del mundo germanófilo, el de Pío Baroja constituye claramente una excepción, entre otras cosas porque fue el único defensor de Alemania capaz de escribir duras diatribas anticatólicas o de colaborar en el semanario aliadófilo *España*. Su posicionamiento fue de una germanofilia matizada, que se recogió en el *Nuevo tablado de Arlequín* bajo el apartado «Alrededor de la guerra», donde intentó comprender las razones de Alemania y criticó la frivolidad de los aliadófilos y sus planteamientos «latinistas», que habían llegado a convertirse en grotescos, ya que «en casi todos los países, incluso los latinos, a mayor germanización corresponde mayor civilización»<sup>41</sup>. Desde su perspectiva, la opción germana era la vía adecuada para luchar en España contra el catolicismo y la caridad cristiana, desacreditar a los políticos parlamentarios y acabar con el tradicionalismo y la «vieja retórica». Como es fácilmente observable, sus argumentos se encontraban lejos de los que esgrimían los germanófilos hasta ahora analizados.

Baroja vivió la guerra en una suerte de contradicción permanente ya que, a pesar de admirar la cultura y la ciencia alemanas, no quería ser solidario con los legitimistas y los ultraconservadores españoles, que rechazaban a Lutero, Kant, Schopenhauer y Nietzsche. No obstante, tampoco aceptaba la existencia de dos Alemani­as, una culta y otra militarista. Por ello, desde una perspectiva europeísta, afirmó que las culpas de Alemania en la guerra no eran diferentes de las de los colonialismos francés e inglés y que no había filosofía ni razonamiento que pudiera ir más allá de la propaganda. En cierta manera, como recogió más tarde en *Momentum catastrophicum*, se trataba de una propuesta pesimista y escéptica frente a una Europa en «guerra civil».

Pero el amplio arco germanófilo iba mucho más allá de Benavente y Baroja. Al igual que sucedió con *España* desde Madrid o *Iberia* desde Barcelona<sup>42</sup>, los intelectuales pro alemanes se agruparon en torno a diversas publicaciones que en algunos casos fueron

---

<sup>41</sup> Citado en José-Carlos MAINER: *Pío Baroja*, Madrid, Taurus, 2012, p. 229; sobre el Baroja de la guerra, véanse pp. 227-231, y Francisco Javier GONZÁLEZ MARTÍN: «Europeísmo y neutralidad en la España de 1914. La visión de la Gran Guerra en Pío Baroja», *Saberes. Revista de estudios jurídicos, económicos y sociales*, 1 (2003), pp. 1-22.

<sup>42</sup> Enrique MONTERO: «La financiación de *España* y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», introducción a la edición facsímil de *España*,

efímeras y en otros duraron prácticamente casi tanto como el conflicto. Una de las más importantes fue *Germania. Revista de confraternidad hispano-alemana*, publicada con patrocinio económico alemán y periodicidad quincenal en Barcelona bajo la dirección de Luis Almerich —conocido como autor de textos infantiles por el pseudónimo «Clovis Eimeric»— entre el 1 de marzo de 1915 y el 15 de noviembre de 1918. Las ideas de su primer editorial relacionaban estrechamente democracia y decadencia del latinismo —«seguir la corriente de las tradiciones latinas es caminar hacia la muerte»— representado por Francia y secundado por Gran Bretaña y, como respuesta, afirmaba la proyección de una Alemania «joven y animosa, rebosante de fe», digna «del amor latino»<sup>43</sup>, que, por su pujanza científica, había sabido atraer una parte significativa de lo mejor de la juventud española que había acudido a sus universidades en busca de una formación que la cultura francesa había dejado de ofrecerle<sup>44</sup>.

Los autores de *Germania*, «hombres enamorados de una España fuerte, temiendo verla rodar por la pendiente de lo estéril —la verborrea, el parlamentarismo, la indisciplina social—»<sup>45</sup>, afirmaban encontrar en Alemania un punto de apoyo para proyectar una nueva propuesta de «neolatinidad científica». Manuel de Montoliu, el antiguo colaborador del periódico republicano *El Poble Català*, que había publicado una importante serie de artículos en *El Diluvio* bajo el título «Pro Europa», perfiló este planteamiento en un largo artículo en el que sostuvo que los españoles, hijos de la «áspera Iberia», eran «los menos latinos y griegos de los pueblos cultos de Europa». Sin embargo, el «latinismo» continuaba existiendo como una «especial manera de ser y de comprender la vida» meridional y catalana de la cual España podía aprovecharse siempre que supiera posicionarse junto a Alemania, la «nueva Grecia», que estaba

---

Vaduz, Topos Verlag, 1982, pp. XIX-XXI, y Joan SAFONT: *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, A Contra Vent, 2012.

<sup>43</sup> «A todos», *Germania*, 1 (1 de marzo de 1915), p. 2.

<sup>44</sup> Luis ALMERICH: «Por qué vence Alemania», *Germania*, 1 (1 de marzo de 1915), pp. 3-5; UN CAPITÁN DE INGENIEROS: «La leyenda del militarismo», *Germania*, 1 (1 de marzo de 1915), pp. 13-14, y Ángel RUIZ PABLO: «La guerra y el catolicismo. I», *Germania*, 35 (1 de agosto de 1916), pp. 245-247 (y su continuación publicada en el número 37).

<sup>45</sup> Luis ALMERICH: «Fortaleza espiritualidad», *Germania*, 2 (15 de marzo de 1915), p. 1.



preparada para ser la reencarnación de Roma e imponer la autoridad, el orden y la disciplina del espíritu clásico al mundo. La guerra constituía un factor de aceleración y el latinismo debía saber «aprovechar intensamente esta vigorosa lección de germanismo que hoy resuena por todo el orbe de la tierra»<sup>46</sup>. Frente a esta avalancha, este «fuego nuevo», seguir reivindicando los valores de la Revolución francesa, como hacían los intelectuales francófilos, no era más que «la última repercusión de unos ideales viejos ya de más de un siglo»<sup>47</sup>. Evidentemente, era un planteamiento que mezclaba la defensa de Cataluña, sus valores y sus potencialidades regeneradoras con un militante antijacobinismo que tenía puntos de contacto con Francesc Cambó y su manifiesto «Per Catalunya i l'Espanya Gran» de marzo de 1916<sup>48</sup>. Por supuesto, se encontraba lejos de algunos personajes mucho más radicales como Andrés Giménez, aragonés catedrático de Historia de la Universidad de Barcelona, que llegó a afirmar en las páginas de *El Correo Catalán* y *El Correo Español* que «amo por amo, el más culto y mejor educado», o Pere Rivas, que se expresaba en *El Heraldo Germánico* en un sentido similar<sup>49</sup>.

En última instancia, y aunque Montoliu no lo expresaba así en este texto, esta apuesta también era una lucha contra la España «europeizada» pero «desespañolizada del todo», que pretendían imponer Francia y Gran Bretaña<sup>50</sup>. Estos nuevos latinismo e ibe-rismo constituyeron elementos centrales de la germanofilia española y *Germania* los recogió tanto desde la perspectiva de Montoliu

---

<sup>46</sup> Manuel de MONTOLIU: «Latinismo», *Germania*, 3 (1 de abril de 1915), pp. 1-4. Este planteamiento de un nuevo latinismo era muy similar al que había sostenido Eugenio d'Ors en sus *Lletres a Tina* y en varias manifestaciones públicas de estos primeros meses de conflicto; véase Maximiliano FUENTES CODERA: «La particular dimensión europea de Eugeni d'Ors durante la Primera Guerra mundial», *Ayer*, 76 (2009), pp. 209-243.

<sup>47</sup> Manuel de MONTOLIU: «Opinión espanyola», *Germania*, 17 (1 de noviembre de 1915), p. 5.

<sup>48</sup> Charles EHRLICH: «“Per Catalunya i l'Espanya Gran”. L'ofensiva del regionalisme català, 1911-1919», *Afers*, 29 (1998), pp. 47-68. Sobre el destacado papel de Montoliu en la guerra hay una ausencia de estudios notable. Una aproximación ajustada y muy bien documentada puede consultarse en August RAFANELL: *Notícies d'abans d'abrir. Llengua i cultures catalanes al segle XX*, Barcelona, A Contra Vent, 2011, pp. 271-277.

<sup>49</sup> Las referencias *ibid.*, p. 267.

<sup>50</sup> M. GARCÍA y PANADÉS: «Evolución hispánica», *Germania*, 12 (15 de agosto de 1915), pp. 12-14.

como desde la de Vázquez de Mella<sup>51</sup>. Se trataba de un planteamiento que tenía como eje una unión con Portugal, que solamente podía ser factible si se consolidaba previamente la convivencia y la «cohesión espiritual» de Castilla y Cataluña, que aseguraría, a su vez, «la vitalidad real de la nación española»<sup>52</sup>. Justamente con el objetivo de cohesionar Castilla y Cataluña, la revista fue también el núcleo sobre el cual Josep Maria Rosell, Pere Bosch i Gimpera, Manuel de Montoliu, Pau Furriol, Luis Almerich, Miquel Vidal Guardiola, Jordi Rubió y Pere Barnils constituyeron en Barcelona el Comité de Amigos de Alemania a finales de 1916<sup>53</sup>.

*Germania* expresó también la defensa estricta de la posición estatal y, frente a la insistencia intervencionista de un sector aliadófilo, intentó que el Estado se mantuviera al margen del conflicto ya que la neutralidad era «hispanófila»<sup>54</sup>. Se trataba de potenciar la «esperanza de resurgimiento» y demostrar que «el espíritu nacional no ha muerto»<sup>55</sup>. Así, neutralismo y patriotismo español se fueron convirtiendo en sinónimos y la «incapacidad» del comienzo de la guerra fue deviniendo vitalidad, optimismo y acercamiento a una Alemania que, vencedora, devolvería la gloria a la nación<sup>56</sup>. En este sentido, no es casual que uno de los colaboradores de la revista, Faustino Ballvé, encabezara la Federación Neutralista Catalana, que continuaba la labor del marqués de Polavieja (hijo)<sup>57</sup>. Finalmente, después de la revolución de febrero en Rusia, tal como mostró Salvador Ugía y Sán-

<sup>51</sup> «Un discurso de Mella», *Germania*, 39 (1 de octubre de 1916), pp. 343-347.

<sup>52</sup> Luis VIOLA Y VERGÉS: «Observaciones. Iberia», *Germania*, 11 (1 de agosto de 1915), p. 10.

<sup>53</sup> «Comité de Amigos de Alemania», *Germania*, 45 (1 de enero de 1917), pp. 481-482. El núcleo de la acción germanista en Cataluña estaba integrado por Ballvé, Pere Barnils, Pere Bosch Gimpera y Jordi Rubió Balaguer. Véase Francisco GRACIA ALONSO: *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio*, Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 86-90.

<sup>54</sup> Delfín ÁLVAREZ Y GONZÁLEZ: «Maura, hispanófilo», *Germania*, 5 (1 de mayo de 1915), pp. 6-8.

<sup>55</sup> Ángel RUIZ Y PABLO: «La actitud de España ante la guerra», *Germania*, 28 (15 de abril de 1916), pp. 77-81.

<sup>56</sup> M. GARCÍA Y PANADÉS: «Patriotismo sin convicción», *Germania*, 25 (15 de febrero de 1916), pp. 3-4.

<sup>57</sup> «Campaña neutralista», *Germania*, 49 (1 de marzo de 1917), p. 14. Ballvé fue el responsable de la versión española de Otto HINTZE: *Alemania y la guerra europea*, 3 vols., Barcelona, Gustavo Gili, 1916.

chez, canónigo de Sevilla, esta visión general se acabaría articulando con base en el «reinado de Jesucristo», los imperios centrales, la paz universal (kantiana) y España<sup>58</sup>.

Así como Manuel Azaña afirmó que dentro de los aliadófilos podían distinguirse dos grupos bastante bien delimitados, los que se consideraban herederos del liberalismo revolucionario y los que pensaban que se tenía que defender a Francia por el injustificado ataque alemán, algo parecido puede pensarse respecto a los germanófilos. A pesar de que Gerald Meaker sostuvo que pueden detectarse tres tipos de germanófilos —los ultra católicos tradicionalistas, que odiaban más a Francia que a Inglaterra<sup>59</sup> (Vázquez de Mella era su líder); los católicos moderados, como Edmundo González Blanco, que rechazan el poderío militar y el imperialismo ingleses, y los nacional-regeneracionistas—<sup>60</sup>, parece más operativo dividir este movimiento en dos grandes tendencias que se expresaron también en *Germania*: los que privilegiaban su deseo de ver humilladas a Francia e Inglaterra y los que ponían en primer plano la propuesta de que España siguiera el modelo de la pujante Alemania para conseguir, de una vez por todas, el anhelado desarrollo social, cultural y económico y su consecuente renacimiento nacional<sup>61</sup>.

El primero de estos sectores, que agrupaba los que rechazaban la política internacional inglesa y los valores republicanos y jacobinos franceses<sup>62</sup>, tenía en Juan Vázquez de Mella su figura más radical y destacada, pero contaba también con personajes más moderados como el católico Edmundo González Blanco, quien destacó más por su enfrentamiento con el imperialismo inglés que por su rechazo a los valores jacobinos franceses y a la democracia<sup>63</sup>. En-

<sup>58</sup> Salvador UGÍA Y SÁNCHEZ: «El catolicismo y la guerra», *Germania*, 54 (15 de mayo de 1917), pp. 90-92.

<sup>59</sup> Como ejemplo: «La libertad jacobina y el estado-blasfemia», *El Correo Español*, 3 de septiembre de 1914, p. 1.

<sup>60</sup> Gerald MEAKER: «A Civil War of words...», p. 17.

<sup>61</sup> Las referencias a estos planteamientos de Azaña han sido extraídas de Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pp. 65-66.

<sup>62</sup> Un documento que ejemplifica las afirmaciones de este sector: Ramón RESA: *España, víctima de Francia e Inglaterra: recopilación de datos históricos*, Sevilla, 1917.

<sup>63</sup> Edmundo GONZÁLEZ BLANCO: *Alemania y la guerra europea*, Madrid, Imprenta Helénica, 1915; *El origen de la guerra europea y la culpa de los Aliados*, Madrid, Imprenta Helénica, 1916, e *Iberismo y Germanismo: España ante el conflicto europeo*, Valencia, Cervantes, 1917. Antes de la guerra había escrito algunos trabajos sobre las relaciones entre la democracia y el catolicismo, como *Democracia y*

tre sus textos destaca un prólogo a la traducción española de *Deutschland und der Nächste Krieg* (1911), del general e historiador prusiano Friedrich von Bernhardi, uno de los más destacados referentes del pangermanismo en el ámbito militar, en el que afirmó la importancia de los valores representados por la nueva Alemania frente a sus contendientes, esclavos del «utilitarismo pacifista», indisciplinados y enemigos del sacrificio. Desde su perspectiva, la paz no era sinónimo de molicie y quietud. Por el contrario, basándose en Kant, sostuvo que la guerra podía llegar a ser una «necesidad biológica de inmensa importancia», «la palanca más grande en el avance de la cultura y del poder». Pero también podía ser «una obligación ética» y, como tal, un medio indispensable de civilización y cultura, como supuestamente había sostenido Hegel. Si el ideal de toda nación consistía en conservar la abnegación y el amor patrio, se había de estar con Bernhardi y afirmar que la guerra era una «fuente de sentimientos viriles, de empresas heroicas» y «una necesidad de la época» frente al mercantilismo. Ni el pueblo alemán ni el káiser tenían la culpa de la guerra: sólo se habían limitado a responder a la agresión de Inglaterra, la verdadera responsable del inicio del conflicto, que, sin saberlo, había abierto la puerta a que Alemania demostrara su fuerza moral y económica, su poderío militar, su sentido de la disciplina y la jerarquía y, sobre todo, su capacidad de unir patriotismo y civismo, por un lado, y pasado y presente, por otro<sup>64</sup>.

La segunda tendencia presentaba elementos provenientes del regeneracionismo y expresaba con mucha más claridad que González Blanco que Alemania, su modelo de sociedad —su sistema educativo y en especial sus universidades eran piezas clave— y su vitalidad debían servir como modelos para proyectar España en una perspectiva de desarrollo y modernización. Así se expresó en un artículo publicado en los últimos meses del conflicto donde se planteó que la neutralidad se había afirmado «nacionalmente» y que el movimiento germanófilo había traído a España «el calor reactivo que necesitaba-

---

*clericalismo* (*Estudios de política aplicada*), Madrid, 1901. Sobre González Blanco, véase la entrada correspondiente en Constantino SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Escritores y artistas asturianos. Índice bio-bibliográfico*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1957.

<sup>64</sup> Edmundo GONZÁLEZ BLANCO: «Prólogo», en Federico VON BERNHARDI: *Alemania y la próxima guerra*, Barcelona, Gustavo Gili, 1916, pp. 7-24; las citas en pp. 12, 13, 14 y 17.

mos para adquirir un poco de firmeza». La neutralidad, entendida en estos términos, era sinónimo de lucha contra una intervención «extranjerezante», contra «el afortunado enemigo de quienes favorecieron nuestra decadencia». La guerra se había convertido en un dinamizador nacional: «Aprendamos a vigorizarnos, a libertarnos de malsanas tutelas exteriores. Renovémonos, regenerémonos más bien. Estamos en el momento crítico para llevarlo a cabo»<sup>65</sup>.

No obstante, la tendencia regeneradora dentro del movimiento germanófilo no fue exclusiva de *Germania*. Uno de sus representantes más destacados fue Eloy Luis André, quien se había formado en Alemania becado por la Junta de Pensiones e Investigaciones Científicas, había perdido frente a Ortega y Gasset la oposición para la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid en 1910<sup>66</sup>, y en el momento del inicio de la guerra era catedrático del Instituto de Toledo. Durante los primeros meses de 1914 había publicado uno de sus libros más importantes, *La mentalidad alemana. Ensayo de explicación genética del espíritu alemán contemporáneo*, que cobró una gran vigencia a partir de agosto del mismo año<sup>67</sup>. Su simpatía germanófila se hizo evidente con el comienzo de la guerra y su nombre apareció entre los firmantes del manifiesto escrito por Benavente, tal como se recoge en la página 238 de *Amistad Hispano Germana*. Esta simpatía se afirmaba en la defensa de la neutralidad frente al intento de los «farsantes de la cultura, esas hembras del 98», que pretendían que España entrara en la guerra o se manifestara más allá de la posición del gobierno. Neutralidad y «españolismo» eran compatibles, a diferencia de lo que pretendían proyectar los aliadófilos. Se trataba de aprovechar la guerra para hacer resurgir «una conciencia nacional», «nacionalizar el espíritu español, luchando contra todas aquellas resistencias, obstáculos o enemigos que tenemos en la propia

---

<sup>65</sup> M. GARCÍA Y PANADÉS: «Reflexiones de hoy. La personalidad española», *Germania*, 64 (1 de febrero de 1918), pp. 247-248.

<sup>66</sup> Así lo destaca Edmundo González Blanco en el comentario con motivo de la publicación del libro *La mentalidad alemana*, de André, en 1914; «Génesis de la mentalidad alemana», *La Esfera*, 28 de noviembre de 1914, pp. 8-9. Previamente, André también había resultado derrotado en otras oposiciones a catedrático de la Universidad Central.

<sup>67</sup> Eloy Luis ANDRÉ: *La mentalidad alemana. Ensayo de explicación genética del espíritu alemán contemporáneo*, Madrid, Daniel Jorro, 1914. Se trata de un libro dedicado al estudio de la educación, la universidad, la filosofía, la historia y la cultura alemanas, con especial énfasis en el desarrollo educativo.

conciencia histórica», contribuyendo a accionar «el motor religioso y patriótico de nuestras clases directoras»<sup>68</sup>. En síntesis, el objetivo era barrer a los hombres del 98 para regenerar la nación, tomando como modelo la cultura alemana.

Durante los años de la guerra, André pronunció también numerosas conferencias e intervenciones públicas con el objetivo de difundir la ética y la cultura alemanas<sup>69</sup>. Las ideas allí vertidas aparecieron en un nuevo libro publicado en 1916 que reunió textos escritos antes de la guerra con otros redactados al calor del conflicto. En la primera página del prólogo el autor planteaba una idea fundamental que compartían muchos intelectuales españoles y que el estallido del conflicto había contribuido a ocultar: la cultura alemana había de ser «el gran fenómeno» que marcaría la historia del siglo XX, como lo habían sido la «civilización francesa» en el XVIII o la «civilización inglesa» en el XIX. La guerra —«¡Guerra pacífica, guerra santa!»— ofrecía la oportunidad de romper con la influencia francesa y girar hacia Alemania, un pueblo que formaba «una sola persona verdadera», «adaptado con el cerebro y con el corazón a su ideal», «un modelo para España» y un referente educativo que no podía encontrarse en ningún otro Estado europeo. Sus clases dirigentes, el «cerebro» de la nación orgánica, eran el resultado de una formación centrada en una finalidad «ideal, nacional y profesional a la vez» de la cual España, «un pueblo de hombres ignorantes, regidos y gobernados por *simios semi-cultos*, con la obsesión de una Europa francesa en la cabeza», carecía. Se trataba de hacer como habían hecho los pueblos germanos: lograr una unidad histórica, «una solidaridad espiritual», ahondando en la propia conciencia histórica, retrotrayendo las «energías presentes» al seno de Grecia y Roma. Concretamente, esto se formulaba en los términos de un nuevo latinismo que no estaba lejos de lo que planteaba Manuel de Montoliu. Se habían de abandonar las ideas de libertad, fraternidad e igualdad, «esa fiebre de democracia», y dirigirse hacia un «nuevo clasicismo», «un nuevo Renacimiento», encabezado por la

---

<sup>68</sup> Eloy Luis ANDRÉ: «Neutralidad y españolismo», *La Esfera*, 63 (13 de marzo de 1915), p. 4. Sobre la negativa valoración de la generación del 98, véase su texto «Juventud. Sus maestros. Los hombres del 98», *Renovación Española*, 7 (12 de marzo de 1918), pp. 8-9.

<sup>69</sup> Como ejemplo de las crónicas periodísticas de estas conferencias: «Noticias», *El País*, 3 de mayo de 1915, p. 2, y «Conferencias en el Ateneo», *La Época*, 10 de mayo de 1915, p. 3.

juventud latina. Y para ello era necesario romper con el pasado: «Si por salvar viejos valores y formas históricas es imposible desarrollar y crear otros nuevos, llegará un momento en que lo viejo perecerá también falto de savia que lo vivifique y alimente». Por ello, concluía, «no puede temerse tanto a una *revolución orgánica*, que purifique su régimen, y le incorpore nuevos elementos directores»<sup>70</sup>.

Eloy Luis André fue probablemente uno de los más interesantes y sistemáticos pensadores del campo germanófilo. Otra personalidad destacada fue Vicente Gay Forner, catedrático de Valladolid y contacto de la embajada alemana para el proyecto alemán de creación de un instituto artístico en Madrid en la inmediata posguerra<sup>71</sup>, futuro suscriptor de *Acción Española* y delegado del Estado (franquista) en Prensa y Propaganda en 1937, quien, desde libros, conferencias y artículos en periódicos de tendencia germanófila como *El Día Gráfico* de Barcelona, ejerció una cierta influencia en el mundo intelectual proalemán. En su trabajo más importante sobre la guerra<sup>72</sup>, que, como casi todos los que estoy reseñando, también se había comenzado a escribir antes de agosto de 1914, intentó analizar las causas de la guerra y orientar la posición española presentando un programa de acción nacionalista e imperialista basado en principios estatistas, iberistas, americanistas y africanistas. Era una propuesta que tenía muchos puntos en contacto con los planteamientos del imperialismo catalán, la Lliga Regionalista y Eugenio d'Ors<sup>73</sup>.

Como hemos visto, en el pensamiento germanófilo las preocupaciones sobre el iberismo ocupaban un lugar destacado, tal como demostraron periódicos como *El Correo Español* o *La Tribuna*, que desarrollaron desde los primeros meses de la guerra una in-

---

<sup>70</sup> Eloy Luis ANDRÉ: *La cultura alemana*, Madrid, Daniel Jorro, 1916, pp. iv, 13, 20, 24, 32, 33, 66, 75, 79 y 137.

<sup>71</sup> Jean-Marc DELAUNAY: *Des palais en Espagne. L'École des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au cœur des relations franco-espagnoles du XX<sup>e</sup> siècle (1898-1979)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1994, pp. 124-125.

<sup>72</sup> Vicente GAY: *El imperialismo y la Guerra Europea. Los principios nacionalistas y el iberismo*, Madrid, F. Beltrán, 1915. Gay también publicó las siguientes obras: *El pensamiento y la actividad alemana en la Guerra Europea*, Madrid, Francisco Beltrán, 1915, y *De Alemania. Recuerdos de un estudiante español*, Madrid, Blass y Cia, 1915.

<sup>73</sup> Òscar COSTA RUIBAL: *L'imaginari imperial. El Noucentisme català i la política internacional*, Barcelona, Institut Cambò-Alpha, 2002, pp. 282-283, y Enric UCELAY DA CAL: *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003.

tensa campaña a favor de una unión ibérica<sup>74</sup>. Para Vicente Gay, Portugal demostraba que el avance del «imperialismo europeo» —francés e inglés, obviamente— sobre tierras lusitanas constituía una amenaza para España. La tesis de la descomposición o la decadencia nacional portuguesa después de la llegada de la República había tomado una nueva vigencia frente al estallido de la guerra y pareció abrir las puertas a una candidatura de España para un nuevo liderazgo ibérico, que podía afirmarse en una violencia frente a la cual Portugal no podría más que «echarse en nuestros abrazos amorosamente», como había escrito pocos años antes Luis Antón de Olmet<sup>75</sup>. Para este propósito, la opción germanófila era la más adecuada, ya que Alemania y España no compartían intereses geográficos y esta alianza anularía la potencialidad imperialista británica<sup>76</sup>.

Desde el punto de vista del sector regeneracionista del movimiento germanófilo, los aspectos materiales no podían dejarse en un segundo plano. Por ello, Vicente Gay compartió con Eloy Luis André (así como con Emilio Riu y José Sánchez de Toca) el interés por la estimulación del nacionalismo a través del desarrollo económico. En la primavera de 1916 se asociaron para crear la *Revista Nacional de Economía* con el propósito de «nacionalizar» España y «librarla de la dependencia extranjera». Desde su perspectiva, el proyecto imperialista español había de pasar sobre todo por el aprovechamiento de la situación que la guerra imponía al conjunto de las economías continentales<sup>77</sup>. En cierto sentido, esta iniciativa mostraba que estos hombres eran herederos de Macías Pi-

---

<sup>74</sup> Hipólito DE LA TORRE GÓMEZ: *Na encruzilhada da Gran Guerra. Portugal-Espanha 1913-1919*, Lisboa, Estampa, 1980, pp. 145-148 y 167-169.

<sup>75</sup> Luis ANTÓN DE OLMET: *Nuestro abrazo a Portugal. Catecismo de la raza*, Madrid, Imprenta de Alrededor del Mundo, 1912, p. 182. Olmet se «convertiría» a la aliadofilia y llegaría a escribir un libro duramente crítico con todo el arco germanófilo, representado en semblanzas de hombres como Pío Baroja, José María Salaverría, el director de *El Debate* Ángel Herrera, Jacinto Benavente o Juan Vázquez de Mella, entre muchos otros: Luis ANTÓN DE OLMET: *Los bocheros (La propaganda teutona en España)*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1917.

<sup>76</sup> Como ejemplo, la reacción frente a la entrada de Portugal en guerra: Vicente GAY: «Portugal, el último aliado», *La Tribuna*, 18 de marzo de 1916, p. 1.

<sup>77</sup> Juan MUÑOZ, Juan A. ALONSO HIERRO y Juan Martín FERNÁNDEZ: *Involución y autarquía: la economía española entre 1890 y 1914*, Madrid, Editorial Complutense, 2000, pp. 155-161, y Joseph HARRISON: *The Spanish economy in the Twentieth Century*, Sidney, Croom Helm, 1985, pp. 35-37.



cavea, Ganivet, Antonio Maura y Joaquín Costa: pretendían no solamente entender el *fracaso* de España, sino poner las bases para su regeneración.

José María Salaverría fue otro de los representantes del sector regeneracionista del amplio y heterogéneo ambiente germanófilo. Tanto desde las páginas de *ABC* como desde tertulias, conferencias y libros afirmó la necesidad de la regeneración española desde un imperialismo que tenía sus raíces en la antigüedad clásica y en la Roma católica y apostólica. La guerra le hizo romper con muchos intelectuales que le habían influenciado —Unamuno, entre ellos— y, tal como se observa en *La afirmación española*, le llevó a proponer un nuevo «optimismo trágico». Desde su punto de vista, España, una nación radicalmente diferente a las otras europeas, debía regenerarse desde su excepcionalidad «trágica» y, por lo tanto, su renacimiento no podría anclarse en la reactivación económica que proponían André y Gay, sino que debía hacerlo desde una especie de misión trascendental y civilizadora inscrita en su propio destino. La idea básica de este libro era bastante simple: frente a los que afirman que España debía «europeizarse», Salaverría sostenía que había de primarse lo español frente lo foráneo. Como planteó en *Cuadros europeos*, la guerra demostraba que el progreso europeo no había sido más que una «superstición» construida por los hombres del 98 que demostraba su mezquindad, ya que una mayor presencia de la cultura española hubiera hecho imposible la conflagración. Por ello, como había planteado André, era fundamental atacar frontalmente la herencia del regeneracionismo noventayochista y aliadófilo que había negado y continuaba negando España. La regeneración había de buscarse en la propia historia imperial. En cierta manera, para Salaverría el futuro esplendoroso —que no pasaba por la democracia y los partidos, el maurista, entre ellos— sería posible justamente gracias a la falta de europeización<sup>78</sup>. Éstos fueron los elementos básicos que en los años finales de la guerra desarrolló el grupo de la Escuela Romana del Pirineo y la revista

---

<sup>78</sup> José María SALAVERRÍA: *Cuadros europeos*, Madrid, Juan Pueyo, 1916, e íd: *La afirmación española: estudios sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos*, Barcelona, Gustavo Gili, 1917. Sobre el papel de Salaverría como periodista e intelectual, véase la reciente tesis doctoral de Andreu NAVARRA ORDOÑO: *José María Salaverría: escritor y periodista (1904-1940)*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2010.

*Hermes* y que el propio Salaverría expresó unos años después en la novela *La obra de Trajano*<sup>79</sup>.

Como resulta evidente después de este análisis del ambiente intelectual germanófilo, nos encontramos lejos de una supuesta homogeneidad, tal como se manifiesta en la existencia de varias perspectivas y posicionamientos no siempre convergentes. No obstante, es fundamental tener en cuenta que, al calor del desarrollo del conflicto y de la propaganda extranjera en España, estas divergencias tendieron a difuminarse para configurar un esquema de antagonismos similar al que dominaba Europa en el cual los germanófilos-neutralistas se fueron vinculando mayoritariamente a las fuerzas políticas conservadoras y los aliadófilos, cada vez más intervencionistas, se relacionaron con propuestas rupturistas, republicanas y socialistas.

## Conclusiones

Tal como planteó Luis Araquistáin, en la fase final de la guerra, que se hizo evidente hacia mediados de 1916 en España al igual que en el conjunto del continente, la agitación y la movilización social se articularon en torno de la cuestión de la neutralidad y las pasiones llegaron a tal extremo que algunas salas de cine renunciaron a informar sobre el conflicto con el fin de evitar unas peleas que se habían convertido en habituales entre los asistentes<sup>80</sup>. A partir de entonces, según el hispanista Albert Mousset desapareció la neutralidad estática de la primera parte del conflicto y emergió una neutralidad dinámica, de manifiesta simpatía pro aliada entre los intelectuales<sup>81</sup> y, como mostró *España*, la contienda fue analizada como un enfrentamiento entre inmovilistas —indiferentes, «neutralistas a secas»— y partidarios dinámicos de una implicación moral a favor de los aliados<sup>82</sup>. Además, durante

---

<sup>79</sup> José-Carlos MAINER: *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Barcelona, A. Redondo, 1974, y Marta y Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 1-13.

<sup>80</sup> Luis ARAQUISTÁIN: *Entre la guerra y la revolución. España en 1917*, Madrid, 1917, pp. 6-7.

<sup>81</sup> Albert MOUSSET: *La política exterior de España, 1873-1918*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1918. El prólogo de este libro estaba a cargo del conde de Romanones.

<sup>82</sup> «En torno al discurso de Maura», *España*, 87 (21 de setiembre de 1916), pp. 1-2.

esta última parte de la guerra, la propaganda francesa fue ganando espacio tras el retraso de los primeros años. De hecho, la propia fundación de la Liga Antigermanófila, impulsada por Benito Pérez Galdós, cuyo primer manifiesto estaba firmado por Araquistáin, Azaña, Pérez de Ayala y Rovira i Virgili, entre muchos otros, fue una demostración de este proceso<sup>83</sup>. En su conjunto, esta situación resultó especialmente acuciante para el pequeño núcleo de intelectuales germanófilos, con un muy reducido espacio después de la intervención de Portugal junto con los aliados en marzo de 1916 y durante el desarrollo de la política de aproximación a Francia e Inglaterra desarrollada por Romanones entre diciembre de 1915 y abril de 1917. En este contexto, su neutralidad se convirtió en un llamado a la quietud frente a una aliadofilia cada vez menos neutral (y más enemiga de Alemania) que no ocultaba sus llamados a la intervención. Esto coincidió, a su vez, con el mantenimiento de la estrategia alemana de defensa de la neutralidad y control de la opinión pública.

En esta antagonica división, posicionamientos políticos y discursos intelectuales llegaron a ser sinónimos, tal como se demostró en la Plaza de Toros de Madrid ante la inminencia del estallido de la crisis de 1917. El 29 de abril, Antonio Maura atrajo a los germanófilos de su movimiento así como a otros conservadores para afirmar, con unos argumentos que no estaban lejos del Vázquez de Mella del Teatro de la Zarzuela, que no se podía estar con Francia e Inglaterra porque eran enemigas de una España que debía mantenerse neutral<sup>84</sup>. Pero, como afirmaba *La Acción*, ésta no era la neutralidad «que predicán los amorfos», sino «una vigilante y despierta» dentro de la cual se iba «laborando por la reconstitución y el robustecimiento de nuestra personalidad, de nuestra soberanía íntegra, de nuestra independencia absoluta, sin mediatizaciones vergonzosas»<sup>85</sup>. Estas palabras de Maura y su liderazgo frente al peligro intervencionista pasaron a ocupar el eje de los planteamientos de aquellos que simpatizaban con Alemania. Los posicionamientos

<sup>83</sup> «Manifiesto de la Liga Antigermanófila. A los españoles», *España*, 18 de enero de 1917, p. 2.

<sup>84</sup> *Situación de España. Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner en la Plaza de Toros de Madrid en la mañana del día 29 de abril de 1917*, Madrid, Tip. Eduardo Arias, 1917.

<sup>85</sup> «La verdad ha hecho su camino», *La Acción*, 30 de abril de 1917, p. 1.

sobre la guerra se convirtieron en planteamientos concretos sobre el futuro inmediato de España.

Como respuesta al mitin maurista, la mayoría de los miembros de *España* organizó, el 27 de mayo, una asamblea financiada por Romanones y las embajadas francesa e inglesa que contó con la presencia de Melquíades Álvarez, Alejandro Lerroux, Roberto Castrovido y Álvaro de Albornoz. El espectáculo demostró que la causa aliada y el republicanismo estaban unidos y que la amenaza al régimen de Alfonso XIII era cierta<sup>86</sup>. Dos días después, Manuel Azaña pronunciaba en el Ateneo de Madrid su conferencia «Los motivos de la germanofilia» y mostraba cómo podía fundarse en la aliadofilia militante una radical crítica al gobierno de turno y a su neutralidad<sup>87</sup>.

Además de las que se continuaron publicando hasta el final del conflicto, dos efímeras revistas ejemplificaron este escenario, la madrileña *Los Aliados*, favorable a Francia e Inglaterra y que contó con la colaboración de los más importantes intelectuales españoles, y la también madrileña *Renovación Española*. Este semanario, dirigido por el criminólogo y catedrático de la Universidad Central Quintiliano Saldaña, fue financiado por la propaganda alemana y contó con la colaboración de la mayoría de los intelectuales del campo germanófilo ya analizados —Pío Baroja y Jacinto Benavente entre ellos— junto con la de otras figuras como Margarita Nelken o Eugenio d'Ors. Si se la compara con *Los Aliados*, *España* o *Iberia*, se observa claramente que el tono general de la publicación dista del carácter militante de éstas; en realidad, parece tratarse de una revista cultural con algunas reflexiones generales y más bien teóricas sobre una guerra que parece condenar Alemania a la derrota. El elemento más interesante se observa en su nómina de colaboradores, en la que destacan Eloy Luis André, Vicente Gay, José María Salaverría, Edmundo González Blanco y Pedro Sainz Rodríguez, quienes muestran que el futuro del conflicto continúa pasando por la defensa de la más estricta neutralidad, pero también, y esto es mucho más interesante, trazan un programa cultural-nacional que incorpora muchos de los elementos que habían aparecido en los

---

<sup>86</sup> Paul AUBERT: «Intelectuales y cambio político», en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 25-99, p. 55.

<sup>87</sup> Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008, pp. 144-163.

años anteriores, fundamentalmente, la defensa de los valores representados por Alemania frente al «extranjero» aliadófilo. Esto se manifiesta en las aportaciones sobre educación<sup>88</sup>, Historia, Arte, Música o Literatura. Se trata de un programa con claros tintes del regeneracionismo que André había afirmado en los años previos, basado en un «nuevo intelectualismo» que debía romper con el «viejo intelectualismo de biblioteca, ese que han forjado generaciones enormes de filisteos, de parásitos». El objetivo era, pues, que, a través de la voluntad rejuvenecida por la guerra, la nueva generación tuviera su «evangelio» y cumpliera el siguiente objetivo: «Cada pueblo un *sintagma*, una síntesis histórica, una comunidad personal subsistente, para la creación, conservación y difusión de la cultura, para atesorar sus viejos valores y enriquecer la humanidad con otros nuevos»<sup>89</sup>. Evidentemente, esto solamente podía conseguirse a través de la cultura alemana<sup>90</sup> y de la crítica rotunda al parlamentarismo y al «exceso de política»<sup>91</sup>. El modelo para España, más allá del triste desenlace de la guerra, era claro. En los años siguientes, muchos de los colaboradores de esta revista intentarían aplicarlo a través de diferentes experiencias políticas.

Tal como ha intentado mostrar este artículo, los posicionamientos sobre la guerra, las aliadofilias y las germanofilias, fueron un tema central para intelectuales y políticos españoles entre 1914 y 1918. Evidentemente, la neutralidad estatal determinó la inexistencia de una *Union Sacrée* como se registró en todos los países contendientes, al menos durante la primera mitad del conflicto. Sin embargo, existió una *movilización cultural* articulada en dos bandos irreconciliables en la cual los hombres de letras ocuparon un lugar de primer orden. Esta escenificación dicotómica no fue simplemente una cuestión de afinidades en relación con lo que unos y otros consideraban que constituían las referencias artísticas y culturales que se debían adoptar. Fue mucho más que ello: esencialmente, la discusión sobre la Gran Guerra fue una lucha entre visiones contrapuestas so-

<sup>88</sup> Véase Eloy LUIS ANDRÉ: «Educación Nacional», *Renovación Española*, 5 (26 de febrero de 1918), pp. 3-4.

<sup>89</sup> Eloy Luis ANDRÉ: «El ideario de la nueva generación», *Renovación Española*, 11 (9 de abril de 1918), pp. 3-4.

<sup>90</sup> Edmundo GONZÁLEZ BLANCO: «La guerra y el porvenir del mundo», *Renovación Española*, 4 (19 de febrero de 1918), pp. 4-5.

<sup>91</sup> Adolfo BONILLA Y SAN MARTÍN: «Exceso de política», *Renovación Española*, 2 (5 de febrero de 1918), pp. 1-2.

bre el futuro de España como proyecto nacional<sup>92</sup>. En este sentido, si bien no fue estrictamente una prefiguración de las dos Españas —los casos del germanófilo Baroja, del sector aliadófilo del carlismo o del neutralismo «activo» de Ortega, entre muchos otros, alertan contra una interpretación demasiado estática y esquemática de los posicionamientos—, ni tampoco únicamente un enfrentamiento entre izquierdas y derechas, como sostuvieron personajes tan dispares como Manuel de Montoliu, Antonio Alcalá Galiano o Juan Vázquez de Mella<sup>93</sup>, estas líneas divisorias fueron importantes en la configuración de este proceso, especialmente en relación con la construcción de los modelos nacionalistas. Evidentemente, no es que las masas estuvieran «desnacionalizadas», como planteó Gerald Meaker en el artículo ya citado, ni que fuese éste un conflicto entre unos intervencionistas y dinámicos aliadófilos y unos neutralistas y estáticos germanófilos. Lo verdaderamente importante de la guerra fue que, al calor de su desarrollo internacional y de la *movilización cultural* que tuvo lugar localmente, las culturas nacionalistas españolas, y entre ellas las vinculadas al tradicionalismo y al regeneracionismo de inspiración germana, se vieron profundamente afectadas, tal como ilustran los casos de *Renovación Española*, Vicente Gay y Eloy Louis André. Estos últimos, que formarían parte de Unión Patriótica y Renovación Española en los años posteriores, plantearon en los años de la conflagración algunas de las ideas centrales sobre las que se estructurarían posteriormente las renovadas propuestas de las derechas españolas. Las apelaciones a las influencias negativas de la democracia, el parlamentarismo y el imperialismo inglés, por un lado, y al potencial regenerador de la ciencia, el orden y el socialismo estatal alemanes, todos ellos renovados por la guerra, por el otro, pasarían a formar parte de las formulaciones políticas y culturales de una parte de las culturas políticas del nacionalismo español que comenzaban a entrar en un proceso de transformación que se materializaría durante la dictadura de Primo de Rivera y los años treinta.

---

<sup>92</sup> Utilizo el concepto de «movilización cultural» en el sentido propuesto en John HORNE: «Introduction: mobilizing for “total war”, 1914-1918», en John HORNE (ed.): *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, CUP, 1997, pp. 1-18.

<sup>93</sup> Manuel de MONTOLIU: «Opinión española», *Germania*, 17 (1 de noviembre de 1915), pp. 1-6; Álvaro ALCALÁ GALIANO: *España ante el conflicto europeo 1914-1915*, Madrid, s.n., 1916, pp. 22-24, y Juan VÁZQUEZ DE MELLA en *El Correo Español*, 28 de marzo de 1915, cit. en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pp. 58-59.